

neral Vazquez marcaba, con una muerte gloriosa, la senda que deben seguir los guerreros. Al lado de estos preclaros defensores de la patria, caian centenares de intrépidos soldados y de pundonorosos oficiales, que morian por la mas justa de las causas. Muerto el general Vazquez, sucedióle inmediatamente en el mando el general Uraga, que habia sido su segundo; pero como se hallaba ocupado en aquel momento en defender la falda izquierda del Telégrafo al frente del 4º de línea, que era su batallón, el mando lo tomó el general Baneneli, cuyo cuerpo, el 3º ligero, habia permanecido como dereserva, cubierto de los fuegos con la misma cima del cerro. El combate era cada vez mas tenaz y sangriento. El 2º ligero y el 3º y 4º de línea, que habian sostenido una lucha terrible, sufriendo un fuego mortífero, habian tenido considerables bajas, y el último, casi habia perdido toda su oficialidad. Esto alentó á los invasores, y haciendo nuevos esfuerzos, y cargando mayor número de gente, que entraba de refresco en el combate, lograron al fin apode-

rarse sucesivamente de las obras bajas de las posiciones que habian sido defendidas con heroísmo, y que solo se abandonaron cuando la muerte habia destrozado los batallones mexicanos. Apoderados de las obras bajas, emprendieron los invasores la ascension al cerro para asaltar la última cumbre.

Al verlos marchar, arrojando una lluvia de balas y de metralla, algunos reclutas que defendian la posicion, empezaron á abandonar sus filas, y bajaban por la parte opuesta, tratando de confundirse con los heridos que se retiraban; pero aquellos pocos no encontraron imitadores, y aun ellos mismos volvieron luego á subir para entrar en combate, merced á que el general Santa-Anna, para impedir aquel desórden y no cundiera el mal ejemplo, envió á dos ayudantes, quienes por la fuerza y el estímulo del entusiasmo, consiguieron que volviesen á subir los fugitivos.

Entre aquellos ayudantes pundonorosos, se encontraba el intrépido D. Juan, quien arengado á los soldados, y penetrando á ea-

ballo en el sitio del peligro, inflamó con su valor el corazón de los que le escuchaban.

Satisfecho con el éxito de su primer paso, y queriendo con su ejemplo infundir en los soldados el desprecio á la muerte, al ver aproximarse á un trozo de caballería enemiga, cuyo jefe venia muy adelante de ella, avanzó solo sobre él, deseando medir sus armas con un oficial enemigo.

Este, á su vez, se arrojó sobre D. Juan.

—¡Willey!—Exclamó el valiente jóven al reconocerle.—¡Ah! el cielo te envía para que pagues de una vez todos tus crímenes.

Y D. Juan se lanzó con la espada desnuda sobre su contrario, tratando de derribarle del caballo y hacerle prisionero para obligarle luego á que confesase dónde tenia á Adela.

El doctor, sin responder palabra, paró el golpe dirigido por su temible contrario, y le dirigió á su vez furibundos tajos, que apenas tuvo tiempo para evitarlos.

Don Juan echó mano entonces á una pistola, apuntó á quema-ropa á su contrario,

y sin darle tiempo á que sacase las suyas, disparó sobre él....

Willey quedó firme en su caballo.

La pistola del jóven mexicano estaba en el suelo.

Don Juan, rodeado de enemigos.

Varios soldados del doctor, que habian venido por los costados sin ser vistos, llegaron al sitio de aquel combate personal cuando el jóven oficial disparaba sobre su adversario; pero un golpe dado en el arma por uno de los soldados, hizo que aquella cayese al suelo sin herir á Willey.

Don Juan se vió perdido; pero no perdiendo para nada su sangre fría y su valor, echó mano á la espada, y se propuso abrirse paso, ó vender cara su vida.

Willey, deseando acabar pronto con el que habia osado salirle al encuentro, se arrojó sobre él, frenético de ira.

Un arrogante jóven mexicano, sin insignias militares, que vió desde el punto en que estaba, la desigual lucha que sostenia D. Juan, dejó á medio vendar á un herido á quien acababa de curar, montó de un salto

en un brioso caballo, y mas veloz que el guila, se precipitó, armado de dos pistolas de seis tiros, sobre los invasores, penetró hasta donde se hallaba D. Juan, disparó sus armas sobre los que rodeaban á éste, derribó á dos que le tenian ya asido, y obligó á retroceder algunas varas á Willey.

—¡D. Rafael!—Dijo D. Juan al que habia ido en su auxilio.—¡Ah! gracias: á su lado de vd., nada temo ya.

El doctor que, con la inesperada aparicion de un contrario, se habia sorprendido retirándose algunos pasos, volvió pronto de su estupor; y arengando á sus soldados, volvió á rodear por todas partes á los dos leales amigos.

Willey, al reconocer á Rafael, al amante de Luz, se sintió halagado con la idea de vengar los desprecios y la pérdida de aquella hermosa, con la muerte del hombre á quien amaba.

Este infernal pensamiento redobló su fuerza y su valor, y lanzando un grito de ira, se precipitó con su gente sobre aquellos dos leales amigos, que se sintieron abruma-

dos por todas partes de enemigos que descargaban sobre ellos furibundos golpes.

Rafael se acordó, en aquellos terribles instantes, en que la muerte le amenazaba, de la hermosa Luz, á quien habia soñado ver muy pronto.

Pero este pensamiento, lejos de amenazar su valor, aumentó su energía, y se propuso morir con honra para que su memoria fuese digna del sér que idolatraba.

—Ríndanse vdes.:—Exclamó Willey, estrechándolos con sus soldados, y sin dejarles casi espacio para moverse.

—Sí; pero será despues de verter tu sangre, infame y falso amigo.—Contestó Rafael dirijiéndole un pistoletazo, cuya bala pasó sin tocarle.

—La tuya es la que va á teñir en este instante el terreno que pisas, y Luz volverá á mi poder, cuando nos apoderemos de la capital.

Y Willey descargó su cortante espada sobre la cabeza de su contrario, quien alzando el brazo para detener el golpe, recibió una profunda herida.

Pero entre tanto que D. Juan y Rafael luchan con el valor de dos leones, cercados por todas partes de cazadores que les cierran el paso, la infantería invasora se había aproximado á los puntos defendidos por las tropas mexicanas, y el ataque se hizo general y sangriento en aquel punto.

Los batallones mexicanos resistieron con valor aquel empuje, pero viéndose oprimidos por fuerzas numerosas, empezaron de nuevo á desorganizarse, sin atender la voz de sus oficiales.

El general Baneneli, entre tanto, apelaba al último recurso, mandando calar bayoneta á sus soldados que, ufanos de tomar por fin parte en un combate que solo habían escuchado, hicieron esta operación levantándose llenos de brío para acudir á donde se les llamaba; pero sorprendidos de encontrarse desde luego brazo á brazo con el enemigo, tan superior en número, rodeados por todas partes, aterrorizados instantáneamente, se desordenaron en este momento, y en vano su jefe apuró todos los esfuerzos para contenerlos. Envueltos, él mismo, los

jefes de ingenieros y otros oficiales que, con espada en mano trataban de ordenarlos, rodaron materialmente por la pendiente opuesta del cerro, atropellados por la multitud que, como un torrente, se despeñaba desde la altura.

En aquel momento, D. Juan y Rafael, hacían esfuerzos supremos por abrirse paso por entre los soldados invasores que, mandados por Willey, continuaban luchando contra aquellos dos héroes, que se defendían con una heroicidad sin ejemplo.

De la herida de Rafael, recibida en el brazo izquierdo, manaba en abundancia la sangre, y apenas podía manejar las riendas del caballo, mientras con la mano derecha blandía la espada que había sacado para quitarse los repetidos golpes de sable que descargaban contra él.

Don Juan, resuelto á morir matando antes que rendirse, cerró contra Willey, con la convicción de que muerto el oficial, los soldados cederían; pero uno de éstos asestó con su cortante sable tan fuerte golpe so-

bre la cabeza del brioso corcel que montaba el intrépido j6ven, que el caballo cay6 sin vida, quedando D. Juan desmontado y aturrido con la caida.

Willey lanz6 un grito de triunfo; pero conociendo Rafael el peligro que corria la vida de su amigo, y que para salvarle y poder huir, era preciso propocionarle otro corcel, arroj6 al suelo la espada, y sin cuidarse de cubrirse de los golpes que le asestaban, sac6 la pistola, que la habia colocado al cinto, la dispar6 sobre el enemigo que tenia mas cerca, lo tendi6 muerto 6 sus pi6s, y diciendo 6 D. Juan que montase en el caballo del ginete que acababa de exhalar su 6ltimo aliento, dispar6 todos sus tiros sobre el enemigo, consiguiendo as6 que D. Juan montase, y sin dar lugar 6 que los que les tenian cercados volviesen de su sorpresa, lograron abrirse paso, derribando 6 otros dos invasores.

Willey, al ver escap6rsele de entre las manos la presa que creia segura, rugi6 como un leon, y sigui6 el alcance de aquellos dos leales amigos, prometiendo 6 los que lo

acompañaban un premio si se conseguia alcanzarlos y matarlos.

Don Juan y Rafael, conociendo la imprudencia que seria esperar 6 un n6mero tan crecido de contrarios, acercaron las espuelas 6 los ijares de sus corceles, y se dirijieron h6c6a el sitio en que sus compañeros de armas sostenian el combate. Pero ambos se quedaron mudos de espanto ante la escena que se present6 6 su vista.

Las tropas mexicanas, no pudiendo contener el torrente de los numerosos batallones Norte-Americanos, que asaltaron sus d6biles parapetos, abandonaban sus posiciones.

—¡Todo se ha perdido.—Exclam6 Don Juan.

Y era verdad.

“Sobre la cumbre del cerro, dicen los Apuntes para la historia de la guerra entre M6xico y los Estados-Unidos, se ve6a entonces, en medio de una columna de humo denso, una multitud de Norte-Americanos, circundados de la rojiza luz de sus fuegos, dirijidos sobre la enorme masa de hombres

que se precipitaba por la pendiente, cubriéndola como de una capa blanca, por el color de sus vestidos. Éra aquel horrible espectáculo como la erupcion violenta de un volcan, arrojando lavas y cenizas de su seno y derramándolas sobre su superficie.

“Entre el humo y el fuego, sobre la faja azul que formaban los Norte-Americanos al derredor de la cima del Telégrafo, flameaba aún el pabellon mexicano abandonado. Pero bien pronto, en la misma asta, por la parte opuesta, se elevó el pabellon de las estrellas, y por un instante flotaron entrambos confundidos, cayendo por fin el primero, desprendido con violencia, entre la algazara y el estruendo de las armas de los vencedores, y los ayes lastimeros y la grito confusa de los vencidos. Eran los tres cuartos para las diez de la mañana.”

—¡Oh! ¿por qué no ha permitido Dios, que muera antes de presenciar nuestra desgracia!

Exclamó D. Juan deteniendo su caballo, y viendo flamear la bandera de los Estados- Unidos.

—No hay que desesperar, amigo mio:— le dijo Rafael.—La victoria no siempre sonríe al mas valiente: nuestro ejército se ha batido con heroísmo, pero la línea que ocupaba era demasiado extensa, y el enemigo ha podido colocar triple gente en los puntos acometidos. La batalla, pues, ha sido desgraciada, pero gloriosa.

—Sí; pero el resultado es fatal para el país entero, que esperaba afianzar en una sola batalla el triunfo de la justicia y la paz anhelada.

—Y ese triunfo lo alcanzará.

—¡Oh! ¡es mi solo anhelo!

—Pero no nos detengamos por mas tiempo en este sitio: marchemos á unirnos á nuestros compañeros que se retiran tal vez para buscar una posicion ventajosa donde empeñar una nueva batalla.

—Sí, marchemos.

Y D. Juan y Rafael acercaron las espuelas á sus corceles, y se dirijieron á incorporarse á la tropa que estaba ya á gran distancia.

“Por la parte de la derecha de la línea mexicana, se lee en los mismos Apuntes para la historia, el enemigo se había presentado durante el ataque del Telégrafo, y avanzando en columna sobre la posición del centro, intentaba asaltarla para hacerse á la vez dueño de todos los atrincheramientos. El capitán de navío, Godinez, comandante de artillería, había convenido con los comandantes respectivos de las tres posiciones, en dejar que avanzasen los enemigos sobre cualquiera de ellas, sin hacerles fuego sino hasta que estuviesen á muy corta distancia, teniendo á prevención las piezas cargadas con metralla. La columna Norte-Americana, compuesta de los voluntarios, al mando del general Pillow, se aproximaba mas y mas, sin que de las líneas mexicanas saliese un tiro; pero no bien estuvo á una distancia conveniente, cuando una descarga cerrada de todas las piezas de artillería, que cruzaban sus fuegos en aquel punto, acompañada de un vivo fuego de fusilería en las tres posiciones, hizo un estrago horrible en los enemigos, les

desordenó, y les obligó á huir apresuradamente.

“Antes de que pudieran reorganizarse, y cuando la tropa mexicana no había sufrido el mas leve daño, el Telégrafo había sucumbido, y los invasores, que se habían apoderado de él, descendiendo por su falda derecha, sobre la batería del camino, de que no llegaron á hacer uso los mexicanos, cortaron enteramente aquellas posiciones, que quedaron envueltas por todas partes y dominadas por el cerro, desde donde el enemigo les dirigía sus fuegos. El general Jaxero ya no intentó ninguna resistencia, y capituló, entregándose con toda la fuerza que mandaba.

“Al perderse el Telégrafo, el 6.^o de infantería se había replegado á las posiciones de la derecha, donde capituló con los demas cuerpos.

“Entre tanto una columna enemiga, mandada por el general Worth, atravesaba aquellas barrancas y breñales de la izquierda, que se habían calificado de inaccesibles,

y se aproximaba á la batería que se habia establecido ese mismo dia, única que quedaba á las fuerzas mexicanas. El general en jefe dió orden al general Canalizo para que cargase con la caballería; pero el bosque impedia absolutamente el que se ejecutase esta operacion. La columna avanzaba á pesar del fuego de cañon que se le hacia, dirijiéndose á salir al camino, más á la izquierda de la batería, para cortar la retirada. Sin embargo, cuando se hubo aproximado bastante, se desprendieron mas de doscientos tiradores, cuyas descargas hicieron desaparecer sucesivamente, como de un soplo, las dotaciones de las piezas mexicanas, servidas por los artilleros y por una partida de coraceros, á la que se mandó desmontar para que auxiliase la batería. El primer ayudante, Velasco, jefe de los coraceros, tuvo la gloria de sucumbir al pié de ella. Los tiradores avanzaban de frente sobre ella, entre tanto que la cabeza de la columna se hallaba ya muy cerca del camino; y la caballería mexicana, viéndose próxima á ser cortada, se retiró velozmente por

el camino de Jalapa. El último esfuerzo lo hicieron entonces Robles y los valientes oficiales de artillería, Malagon, Argüelles y Olzinger, quienes envueltos ya por todas partes, hicieron ronzar las piezas hácia la izquierda, dirijiéndolas sobre la cabeza de la columna, momentos antes de que los tiradores, que se precipitaron sobre ellas á la bayoneta, las hiciesen suyas y las volviessen sobre sus contrarios.

“El general Santa-Anna, acompañado de algunos de sus ayudantes, se dirijia por el camino de la izquierda de la batería, cuando saliendo ya del bosque la columna enemiga, le impidió absolutamente el paso con una descarga que le obligó á retroceder. El coche del mismo general, que salia para Jalapa, fué acribillado á balazos, muertas las mulas y hecho presa del enemigo, así como un carro, en el que habia diez y seis mil pesos, recibidos el dia anterior para el socorro de la tropa. Roto ya todo vínculo de mando y de obediencia, obraba solo el deseo de salvacion, y agitándose en un espantoso remolino, se agolpaban desespera-

dos al estrecho paso del desfiladero, que baja al Plan del Rio, por donde el general en jefe se habia dirigido con los jefes y oficiales que le acompañaban.

“Horrible era el descenso por aquella vereda estrecha y escabrosa, por donde se precipitaban miles de hombres, disputándose el paso desesperadamente, y dejando un reguero de sangre sobre su camino. El enemigo, dueño ya del campo, asestaba sus tiros sobre los fugitivos, acrecentando mas y mas el terror de la multitud que se arrojaba por el desfiladero, impulsada á cada instante por nueva velocidad y aumentando la confusion.”

Don Juan, disgustado con la vida por aquel inesperado revés, debido, no á la falta de valor de los mexicanos, pues combatieron entonces como siempre, con admirable arrojo, sino á causas que dependian del arte de la guerra, marchaba el último de todos, deseando que una bala enemiga, de las muchas que pasaban silbando sobre su cabeza, pusiera término á sus dias.

Rafael iba á su lado tan triste como él;

pero con la esperanza de vengar muy pronto aquel revés con una victoria decisiva sobre el invasor.

¿Y Willey?

Willey, conocedor del terreno, que habia previsto el rumbo que llevarian en su retirada el amante de Luz y el joven capitán, en vez de perseguirlos, como hasta entonces, trató de hacerles creer que desistia de su empresa, y desapareciendo, cortó por una vereda, y rodeando con una fuerza de veinte hombres el camino, logró ocultarse en un sitio cubierto de árboles, por donde indispensablemente pasarian D. Juan y Rafael.

Estos marchaban, como hemos dicho, detras del ejército, abrumados con el peso de la desgracia, y dejando á sus caballos caminar al paso.

Willey y sus soldados les esperaban emboscados, dejando pasar á la columna mexicana, que marchaba por el camino.

Rafael traia á la memoria las gracias de su amada, y temia presentarse á su presencia sin el laurel del triunfo.

Don Juan temia que se le acusase de cobarde por no haber muerto en el campo de batalla como otros muchos que habian tenido la gloria de sucumbir.

La distancia que á estos dos amigos les seperaba del resto de la fuerza que iba delante, era de un cuarto de legua.

Ambos caminaban bien agenos de pensar que marchaban hácia donde les esperaba el enemigo.

El caballo que montaba Rafael, se de tuvo de repente receloso, moviendo inquieto las orejas.

Lo mismo hizo el corcel en que montaba D. Juan.

Los dos amigos dirijieron entonces la vista para ver qué causa motivaba el recelo de sus caballos.

Los ojos de ambos se fijaron en el bosque. Entonces vieron moverse la maleza que crecia entre los árboles.

Y los dos iban á echar mano á sus armas, cuando vieron salir de repente, de la espesura, á Willey y los suyos.

Una descarga seguida del quejido de un moribundo se escuchó á poco.

A esa descarga y á ese quejido se siguió el precipitado galopar de los caballos de Willey y de sus soldados, que volvian á su campo.

Un silencio profundo reinó despues.

¿Qué habia pasado?